

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

„ALLES FÜR ALLE

Estamos en plena fiebre reformista: El Sr. Moret ha presentado ya el proyecto de ley Municipal, que, como es natural y español, no satisface á nadie. Desde aquella famosa ley de Ayuntamientos, por la que se batía la heroica milicia en mil ochocientos y tantos, y que creo que no llegó á regir, y desde la que se llamaba por antonomasia del 8 de Enero, ¡apenas si se han dado variaciones municipales! Pero ya no se trata de corregidores, ni de otras antiguallas; se trata de que el cuarto estado, á quien tanto adulaban los progresistas, no ha aprendido nada, ni se habrá ilustrado, pero lo que es lógica ya sabe, y en ese punto no ha sido discípulo desaprovechado. Los del cuarto estado dicen, con razón, que si pueden legislar en las Cortes, cosa que debía ser, aunque no lo sea, más grave é importante, mejor podrán administrar sus propios y modestos intereses municipales. Y yo estoy conforme con eso de aceptar el principio del sufragio universal; ahora, que tan absurdo es que sea ley lo que digan cuatro contra dos, como que sean administradores buenos y aceptables unos ciudadanos sólo por haber tenido más votos. Yo tampoco puedo ser concejal, al menos las listas dicen: “¿Es elegible? No”, y no echo nada de menos. ¡Aunque sea ley el nuevo proyecto, lo que deseo es seguir figurando con negativa en las listas!

* * *

Otra de las reformas que ha ofrecido el Sr. Moret es muy modernista: el descanso dominical del correo, como se ha propuesto también para los periódicos. ¡Gracias á Dios que ya nos parecemos á los ingleses.... en eso, en la exageración de la santificación (¿santificación?) de las fiestas! Allí, en 1836, un amigo mío fué castigado ¡por tocar la flauta en una tarde de domingo! Verdad es que en la misma época estaba abonado á un tren que le conducía á la oficina diariamente...., lo que aún no sucede en España, y han pasado sesenta y seis años. ¡Se conoce que vamos á empezar á imitarlos por lo de no poder tocar la flauta en domingo! Ya es algo. Porque, por lo demás, eso de la hipócrita doctrina de ahora, no puede ser más ridículo. Cerrar las tiendas á las tres de la tarde, para que los dependientes vayan á misa.... de cuatro; suprimir el curso del correo, cuando puede ser de vida ó muerte para una familia la falta de él en un día festivo, ni es racional, como quería San Pablo que fuese la fe, ni la doctrina católica ha pretendido nunca estas exageraciones. Antes están condenadas en el mismo Evangelio. De fijo que si no el Sr. Moret, lo que es Kruger, no dejará de saber que cuando el Salvador curó al parálítico en sábado, fué criticado por los fariseos, ¡y justificó su conducta, y aun les preguntó si cayendo un asno al pozo en sábado no le sacarían! Si esto es regene-

ración, dígame que volvemos la vista al siglo XVI, y que empezamos á tomar las doctrinas que estaban de moda entonces. ¡Quién sabe! ¡Aun puede que sea de moda pertenecer á la “Hervormde-Church”, reformada por el doctor Postma! ¡O á la “Doppe-Church”, que parece que data de 1618! Yo creía que la fe española era mucho más antigua que el doctor Postma.

* * *

Y á propósito, no del doctor Postma, á quien no tengo el gusto de tratar, sino de la religión, ¡valiente plancha han hecho este año la mayoría de los españoles, y hasta conspicuos periodistas, con eso de caer en domingo el 2 de Noviembre! Pase que los pobres pidan “por las benditas ánimas”, y que algunos hayan llevado coronas á los muertos; pero salir un periódico diciendo “que por disposición del Obispo se han trasladado las misas y las coronas y el alumbrado al día 2”, por echarla de enterado, ¡es delicioso! Porque ni el Obispo ha dispuesto, ni puede disponer eso; que lo dispone el curso de los días y el no poder decirse misa de difuntos en dominica; ni eso del alumbrado de los nichos es rúbrica de la Iglesia, ni el festivo escritor que ha dedicado un artículo á ello, y dice que ha oído el día 1.º campanas de difuntos, sabe tampoco por dónde se anda. Si al fin nos decidimos por la “Hervormde-Church”, tenemos que aprender muchas cosas, y no llamar prelado á un deán, ni decir que Calderón fué fundador de la Asociación ó Cofradía de presbíteros naturales de Madrid, como se ha dicho, porque esto es ignorar, no ya cosas religiosas, sino detalles de la vida del inmortal poeta. Con perdón de Leopoldo Cano, la gloria, por lo visto, muere también. Y no quiero seguir con la manía de los gazapos, porque se han deslizado hasta en el mismísimo almuerzo de GENTE VIEJA, en honor de Zapata, y no está bien que critique á los de casa.

* * *

No pude asistir al suculento homenaje, porque mi estómago está, como el del ilustre y querido poeta, acostumbrado á comer poco, y aunque me colocasen, no era para mí problema su duda, porque no salgo de mi regla. Pero desde aquí le envío un abrazo y mi sincera felicitación, á reserva de hacerlo de palabra. Una cosa hubiera hecho, de haber asistido; no versos, porque yo no puedo hacerlos donde hay poetas ébenes y currinches, como allí había: Palacio, Cano y el mismo héroe de la fiesta; pero hubiera propuesto, en prosa y en secreto, á nuestro amigo Puigcerver, para cuando vuelva á encargarse de las cuestiones de cuartos, un medio sencillo de *vigorizar* nuestro crédito, haciendo que Zapata escribiese en cada uno de los títulos de la Deuda unos versos, y que, en vez del prosaico: *The holder of this bond*, que nadie en-

tiende, llevasen, por ejemplo: los títulos de la A. una redondilla, los de B. un soneto, los de C. una décima, y nada los de D., E., F., porque éstos, á quienes hay que quitarse el sombrero, los poseen gentes ricas, y para esas suelen estar de más los versos.

¡Y de fijo que subían los títulos pequeños!

* * *

Ante la frecuencia de los delitos contra la propiedad, el Sr. Sagasta se encoge de hombros y dice: “Consecuencias de los indultos”. Pero esto es plagio de O'Donnell, que decía que España es un presidio suelto. Es claro: el día en que todos los españoles estuviésemos en Ceuta, se habían acabado los robos. Gracias á que el Sr. Moret ha hecho algo más: suprimir la escolta de los trenes; pero esto lo ha hecho con un fin laudable. Los guardias servían de timbres, haciendo fuego cuando era preciso detener un tren; y lo que dirá el ministro: á ver si quitándolos ponen las empresas los timbres. Como si lo viera, que nos quedamos sin guardias y sin timbres. Lo contrario no sería español. Y así vivan las empresas más que la diócesis de Astorga, que es ahora el mejor ejemplo de longevidad.

* * *

El Cardenal Casañas ha autorizado en su diócesis los sermones en francés para la colonia de esa nación. ¡Qué casualidad! ¡Hasta ahora sabían español!

¿Si querrá el eminentísimo señor reproducir el dicho de la Escritura: *Loquebantur variis linguis?*

GERARDO RODRIGO.

DICHAS PERDIDAS

“Cuánta divina cosa!
se agolpa á arrebatarnos el reposo
en esa edad dichosa,
en que es encantador lo peligroso
(CAMPOAMOR, “*Dichas sin nombre.*”)

I

Lo tengo bien presente:
era una noche, y noche muy oscura,
cuando mi suerte dura
acababa de herirme cruelmente.

Su nombre.... lo recuerdo, no lo olvido,
fuera mentir decir que puedo hacerlo;
presente lo he tenido,
y lo tengo presente sin quererlo.

Es un nombre á la vez aborrecido
y amado cual ninguno en este mundo,
porque lo llevan dos mujeres tales,
¡qué sólo por el nombre son iguales!

Falaz, interesada, miserable,
la primera que amé demonio era,
salvaje perfumado, linda fiera,
vaso que encierra un alma despreciable.

Era una noche: de su amor cansado,
rompí de aquellos lazos la cadena,
no sin dolor y sin profunda pena,
que siempre duele abandonar lo amado.

La misma noche hallé ¡suceso extraño!
con nombre igual, mujer bien diferente,
ángel de amor, que para eterno daño
no volví á ver, perdido en la corriente
del mundo lisonjero y pervertido,
que me brindaba su fugaz engaño,
poniendome delante
la ingratitude de mi primera amante.

II

Y no la volví á ver ni supe de ella.....
y viendo á la primera cada día,
quiso mi mala estrella
(que sólo por costumbre la quería),
que por hábito sólo mi amor diese
á quien menos sin duda merecía.

Que muchas veces del amor la lumbre,
tan cantada por todos los poetas,
es simplemente efecto de costumbre.

.....
Y cuando vi que no estaba en la mía
vivir con fiera, de mujer en traje,
segunda vez refí, y esta de día;
pero entonces, de nuevo al separarnos
fué proponiendo no volver á vernos,
ni volver á pensar en adorarnos,
ni tampoco ¿por qué? en aborrecernos;
que donde el odio anida,
es que oculta pasión le presta vida.

III

¿Y por qué he de negarlo? En el vacío
que siente el corazón para amar hecho,
volvió la vista el mío
hacia la noche aquella en que encontrara,
bajo del mismo techo,
y con el mismo nombre aborrecido,
á la única mujer que había sido
digna de ser amada.

Su historia pregunté; pasaron años
y años sin que supiese de ella nada.

Resonaban en mi oído dulcemente
sus mágicas palabras, que oídas
en ocasión solemne,
eran quizá por esto retenidas,
como guarda tenaz nuestra memoria
las fechas culminantes de la historia.

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
de aquella imagen de serena frente
con uno de esos rostros candorosos
que hacen pecar á un hombre mortalmente.?"¹

Así me preguntaba
y un día y otro día entre la gente
sin cesar indagaba,
con mis cinco sentidos siempre en vela,
por saber algo de la pobre..... ¡Quedo!
iba á decir su nombre y ya no puedo.

Y te diré por qué. Tras de una reja
de un convento de monjas, cierto día,
si no por años, por las penas vieja,
aquella cuya sombra perseguía.....
recibió de educanda á una hija mía.

Al verla allí, del mundo abandonada,
su historia pregunté; bajó los ojos,
y no me dijo nada;

entonces comprendí su triste suerte,
y callando á mi vez, caí de hinojos
ante el altar sagrado,
donde ella tantas veces habrá orado.

Decirte qué pasó, difícil fuera;
mirábame la monja y sonreía,
yo mis ojos bajaba, por doquiera
su mirada tenaz me perseguía,

cual espectro evocado
que mira el asesino acobardado.

¿Qué pasó por el alma de la monja,
al tener que educar á mi Matilde?
¿Qué prodigio hizo humilde
á quien gustó del mundo la lisonja?

¿Olvidóse del tiempo en que á porfía
incienso engañoso le prodigaba
la sociedad que luego abandonaba,
mientras la suerte impía
la condena á educar á una hija mía?

De abnegación misterio el más profundo,
que no comprende el miserable mundo.

—«Una noche os vi—dije con miedo,—
y aun guardo de aquel día la memoria.»

—«Es verdad—replicó;—sé vuestra historia
hasta el día en que entré en este recinto.»

—«¿Tenéis más hija que esta?»—«No, señora.»
Hubo pausa; la monja vacilaba,
y al ver que de partir era la hora:

—«Elegisteis mejor—le dije,—amiga;
que el consejo divino
es tomar con María el buen camino.»

—«Sin duda es el mejor..... El matrimonio
es bendito también..... ¿Y vuestra esposa?»—
preguntó al fin la monja temblorosa.

—«¡Mi esposa—dije—la llevó el demonio!»
Clavó entonces en mí tenaz mirada,
que apenas pude soportar de frente;
de Matilde besó la rubia frente.....
y de hijo pensó: «Ya estoy vengada.»

FÉLIX DÍAZ GALLO.

LA DECENA DRAMÁTICA

Los días se suceden y no se parecen.

Principiaba la revista anterior con una censura
al teatro de APOLO; hoy me es muy grato princi-
piar con una alabanza.

No hay género grande ni género chico, como
no hay jóvenes ni viejos; sólo hay dos géneros:
bueno y malo.

El puñao de rosas, de Arniches, Asensió y Cha-
pi, es un delicioso dramita en un acto, literaria-
mente escrito, soberanamente pensado, y cuya
ejecución ha sido admirable por parte de todos, y
muy especialmente por parte de Pinedo, que se ha
revelado como un actor de primer orden, y al que
felicitó muy cariñosamente.

Aurora, de Joaquín Dicenta, es una alta come-
dia, para juzgar la cual, hay que colocarse estu-
diando qué se ha propuesto el autor al escribirla.

Dicenta, más que una obra dramática, ha hecho
un trabajo de propaganda y de combate; ha que-
rido hacer una obra demoledora de la actual socie-
dad, y bajo su punto de vista, ha logrado su ob-
jeto, consiguiendo también que, siendo la comedia
un símbolo, para los que no van al teatro á pen-
sar, les haya resultado un drama pasional é intere-
sante.

La señora que después de haberse dado al dia-
blo se da al fanatismo, el médico que se convierte
en comerciante de medicina, la niña neurótica y
materializada, el magistrado venal y el hipócrita
que comercia con la religión, están fustigados, no
ya con encarnizamiento, con crueldad, por el ilus-
tre autor de *Juan José*.

Un hombre de ciencia y altruista que desea la
reforma social, entiende que no puede llegarse
á ella más que apoyándose en el pueblo, del que,
aunque reconoce sus defectos, espera, porque aún
tiene energía, la renovación que entiende neces-
saria.

Este es el símbolo, y esto representan *Aurora*
y *Manuel*.

Claro es que hay una parte de opinión que no
está conforme con las creencias del autor, y que
protesta, no de la obra dramática, cuyo valor lite-
rario no niega nadie, sino de su tendencia, como
se protestó cuando hace muchos años se estrenó
La Pasionaria, del inspirado Leopoldo Cano, y la
Electra, del maestro Galdós.

Todo lo que es esencialmente tendencioso é in-
novador, no puede contar, desde luego, con el
aplauzo de la generalidad, y aun hay quien cree
que las minorías suelen ser la razón del por-
venir.

Para ser yo un antiguo amigo de Barrutia, no
encontrarán ustedes que estoy *fossilizado*, desde el
momento en que entiendo que la sociedad actual,
tal como está constituida, necesita una radicalí-
sima variación. En lo que probablemente diferiré
del criterio de Dicenta, es en el procedimiento para
la renovación.

Yo creo que se necesita más *fe* en los de abajo
y más *caridad* en los de arriba; y esto no lo digo
ahora, que lo dicen muchos, lo dije hace treinta
años en unos artículos titulados *El Paraíso en la*
tierra, publicados en cierta revista que tenía por
título *La Raza Latina*.

Porque, no refiriéndome ahora á la obra de Di-
centa, sino á la cuestión social en general, continúo
creyendo que los movimientos de fuerza no resuel-
ven el adelantamiento de los pueblos.

La sociedad actual es un enfermo grave, debe
medicinarse, teniendo presente que el tiempo no
perdona lo que se hace sin él, y no empeñándose
en que los problemas se resuelven sólo con mo-
verse y gritar y cambiar de postura.

Un pulmoníaco no se cura con arrojarse de la
cama y salir sin abrigo á hacer contorsiones al
balcón.

Pero esto nada tiene que ver con una crónica de
teatros, y por consiguiente, dejémoslo para mejor
ocasión y pasemos á *La dicha ajena*.

Una distinguida dama —porque yo, á pesar de
haber sido amigo de Barrutia, cultivo cuanto puedo
la amistad de las damas— me decía pasado el se-
gundo acto de la última obra de los Quinteros:
“El público quiere que estos muchachos sean sólo
alegres.”

Y hay algo de esto: *La dicha ajena* tiene una
parte sentimental muy tierna, muy sencilla, y pre-
cisamente por esto muy agradable, y tengo el sen-
timiento de separarme de la mayor parte de los
críticos, empeñados en que los Quinteros sólo
deben cultivar la nota cómica. Su última obra,
agradabilísima y sentida, constituye para mí una
comedia de primer orden; es triste cosa que al que
da grandes pruebas de ingenio y de gracia no se
le quiera permitir que sirva para otra cosa. Y es
que aquí, donde las gentes por muy conspicuas que
sean, no suelen tener más que una sola aptitud, no
se perdona á los que tienen varias, á los que ha-
cen muchas cosas bien y de distintos géneros; por
eso se consideran invasores los que se permiten
salir del terreno en que brillan más, y algo debe
tener que ver con esto de la dicha ajena.

Cuanto se diga de la ejecución es pálido. Ma-
tilde Rodríguez ha estado inimitable; Rubio supe-
rior, y Tallaví, á quien no he saludado nunca, ha
demostrado que es un actor extraordinario.

Muy bien Rosario Pino, y únicamente Morano,
que es un actor muy apreciable, me parece que ha
dado á su papel demasiado carácter melodra-
mático.

La dicha ajena llenará muchas noches el teatro
de la Comedia.

La Compañía francesa que actúa en el teatro de
la ZARZUELA es muy apreciable. La Bartet y Le

¹ CAMPOAMOR, *ibid.*

Bargi son dos actores de indiscutible mérito, de exquisita naturalidad y de sentir hondo.

La extranjera es ya vieja en Francia; y como la mayor parte de las obras de Dumas tiende á justificar el adulterio; y como esta es la verdad, hay que decirla con franqueza.

El conjunto de la Compañía no es malo, aunque todos los actores de segunda fila cantan sus papeles, siguiendo la escuela francesa, que lo mismo entona los alejandrinos que el diálogo en prosa.

Los viejos, sin dejar de reconocer el mérito de los artistas extranjeros cuando nos ocupamos de las Compañías que nos hacen el honor de visitarnos, hacemos una sola observación.

Siempre forman conjunto, están muy compenetradas, no necesitan apuntador.... pero tienen un repertorio de 20 ó 25 obras y que están haciendo en París y en toda Europa hace diez años.

Entre nosotros se necesita un estreno semanal.

Se va esta crónica haciendo muy larga y habrá que dejar los últimos estrenos para la próxima, si no hemos de hacernos más pesados de lo que generalmente lo es

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

Banquete á Marcos Zapata.

Todos los periódicos de Madrid han dado cuenta de esta solemnidad literaria, á que asistieron la mayor parte de los redactores de GENTE VIEJA y muchos amigos y admiradores del ilustre poeta.

El Barón del Sacro-Lirio, Nogués, Sánchez Pérez, el Duque de Rivas, Gumersindo Azcárate, Pirala, Eusebio Blasco, Colorado, Cuero y Pita Pizarro, Fiacro, Romero Robledo, Ricardo de la Vega, Núñez de Arce, Cavia, Melchor de Palau, Silvela y Ricardo Sepúlveda, que por enfermedades y otras causas no pudieron asistir, enviaron cariñosísimas cartas de adhesión, y algunos composiciones y trabajos que deben conocerse, porque encierran grandísimo mérito.

La redacción del *Heraldo de Aragón* nos envió el siguiente mensaje:

A los viejos mozos de «Gente Vieja» en el banquete que dedican á Zapata.

Esta humilde redacción del *Heraldo de Aragón*, que jamás peca de ingrata, saluda á Marcos Zapata y á toda la reunión.

Venerables comensales, que como fieles vestales encendido habéis guardado vuestro ingenio, avalorado por las más áticas sales:

guarde Dios vuestra salud para que sirváis de guía á esa pobre juventud que semeja flor de un día sembrada en un ataúd.

FRANCISCO AZNAR NAVARRO. — A. MOMPLAT MOTOS. — JUAN MOTOS. — FILOMENO MAYAYO. — SALVADOR M. MARTÓN. — ANDRÉS GAY SANGRÓS. — JUAN JOSÉ GÁRATE. — MARIANO CRACIA. — CLAUDIO GARGÍA CARRALLAR. — MARIANO MIGUEL DE VAL.

Mariano de Cavia, en una carta cariñosísima, envió el siguiente

DESPACHO DEL OTRO MUNDO

(POR EL CABLE
DE MARIANO DE CÁVIA.)

Me importa un bledo, en verdad,
que la Crítica y la Historia
no me traten con piedad.

Tú aseguraste mi gloria,
cuando, al honrar mi memoria,
cantaste la Libertad.

JUAN DE LANUZA.

Ricardo Sepúlveda obsequió al autor de *La Capilla de Lanuza* con las siguientes quintillas:

Á Marcos Zapata.

Al Café Inglés acudí;
una tarjeta pedí
para asistir al banquete,
y un *menú* de rechupete
en la tarjeta leí.

Me encontraba decidido
y en extremo complacido
por ir á felicitarte;
pero.... después ha ocurrido
lo que voy á relatarte.

Un resfriado tenaz,
que me ha dejado sin voz,
aunque no me deja en paz,
y que de un modo feroz
se ha retratado en mi faz,

mi proyecto desbarata
y mi disgusto desata,
pues me impide darme lustre
comiendo junto á mi ilustre
paisano, Marcos Zapata.

Mas no desisto por esto;
y aunque no ocupe mi puesto
porque estoy en cama y sudo,
te envío, con tal pretexto
(que no es pretexto) un saludo.

¿Que has sido *mantenedor*
en literario torneo
dándole más esplendor?
¡Hace mucho tiempo, creo
que se debía en tu honor

galardón tan merecido;
pues á aquellos que han seguido
tus triunfos en el proscenio,
pendientes has *mantenido*
de las galas de tu ingenio.

Deploro mucho, repito,
perder tan buena ocasión;
y aunque mal, y por escrito,
desde aquí te felicito
con todo mi corazón!

RICARDO SEPÚLVEDA.

1.º de Noviembre de 1902

Pleguezuelo, que asistió al acto, le dijo á Zapata:

«España tiene dos Eberos:
uno refleja el Pilar;
otro, el genio de Zapata,
copia el alma nacional.»

El ilustre Leopoldo Cano, Grilo y algún otro leyeron versos que ya han publicado otros periódicos diarios y que no reproducimos porque, tratándose de un banquete, no nos atrevemos á emplear el *refrito*.

Romeo, el director de *El Evangelio*, habló con grande elocuencia y sentimiento; Sastrón se mostró orador correctísimo y amigo cariñoso de Zapata; Llano y Pérsi dió una prueba más de su corazón y de su elocuencia; Angel Avilés estuvo inspiradísimo; González Agejas, el erudito y concienzudo bibliófilo, saludó á Zapata; y por último, éste leyó el siguiente humorístico soneto:

UNA DUDA

Yo declaro, señores, francamente
que todo en este mundo es lotería
y que, gracias á Dios, llegó la mía
de manera casual y de repente.

Zaragoza me aplaude tiernamente
y un regalito con su amor envía;
y Tirso Rodrigáñez, la *judía*
me asegura de un modo permanente.

¡Cesó, por fin, la bárbara abstinencia!
¡Ya el dulce alpiste se le echó al canario....!
Mas se agita una duda en mi conciencia:

Después de aqueste ayuno extraordinario
¿podré tener, amigos, resistencia
para usar del estómago á diario?

MARCOS ZAPATA.

Madrid 1.º de Noviembre de 1902.

Todos los comensales dirigieron un telegrama al Alcalde de Zaragoza, rogándole que saludara en su nombre á la Condesa de Montenegro, reina de la fiesta; se pasó otro despacho telegráfico á la Redacción del *Heraldo de Aragón*; y en resumen, se realizó una hermosa fiesta de la inteligencia, que tenemos mucho gusto en dejar consignada en las páginas y en la colección de GENTE VIEJA.

JUAN VALERO DE TORNOS.

Concurso de GENTE VIEJA

Modernismo.

LEMA: La verdad debe ser la base de la historia, y la historia el templo de la verdad.

El modernismo no es escuela, pero puede llegar á serlo cuando se conozcan y depuren por completo su alcance y sus propósitos.

En la actualidad es solamente una obra de perfección ingeniosa, sin carácter doctrinal de ninguna clase.

De conseguir semejante rango, contribuiría poderosamente á la regeneración social. De todos modos es un hermoso ejemplo en favor de la cultura y de la humanidad.

Algunos creen que el modernismo es guerra abierta á todo lo pasado, y no es así.

El modernismo se encastilla, como los cazadores de la India, sobre el viejo paquidermo de la antigüedad, y aspira con toda la fuerza de sus pulmones el oxígeno de otras edades con cuyos efluvios vive.

Semejante á la chispa eléctrica, el modernismo brota del fondo del pasado para alumbrar las sendas del porvenir.—Eso es todo.

Con esa misión por divisa, modifica, arregla y corrige el lenguaje usual de nuestra literatura, altera la construcción de las oraciones y da otro alcance á las ideas; rompe de franca manera con las ampulósidades de las descripciones, reducidas por él á los límites necesarios, y precisos, dentro de la realidad, para que no pierdan la fuerza pasional indispensable, sin fatigar al lector

con lecciones botánicas ó tratados de arquitectura, á que tan aficionados han sido nuestros novelistas hasta hace pocos años.

No puede precisarse cuándo y de qué manera ha nacido el modernismo, porque es el vaho de una cultura que se extiende y dilata por todas partes, pulimentando cuanto toca, adhiriéndose al ser, á la palabra y al sentimiento, abriéndolos, como elaboración de refinado gusto.

Y ese vaho de cultura que así embellece las cosas, tiene forzosamente que influir en el organismo de las sociedades, porque esos organismos son arterias de la gran familia universal, es decir, de la literatura, de la industria, de las artes y el comercio de que viven, se nutren, aprenden y se mejoran todas las clases de la sociedad.

Así, el arte puramente sentimental ó de intuición, que se recreaba en las concepciones bíblicas ó hechos mitológicos, puede decirse que ha muerto al choque de las nuevas ideas.—Esa realidad que el modernismo trae en su programa, al punto de convertirlo en severo preceptor del arte, para señalar sus defectos y sus aberraciones, que si habían tenido en otros tiempos su razón de ser hoy no encajan bien de ninguna manera dentro de los moldes de la razón y la verdad pictórica, diéronle el golpe de gracia.

El arte es una manifestación palmaria del sentimiento humano. Es la expresión casi vidente de un siglo, de una época determinada; es la palabra, el pensamiento, la idea de una generación que expresa el estado de su ánimo, los sentimientos que abriga, las pasiones que le dominan, la fe que le exalta, el amor que le ciega y el ideal que persigue por medio de obras, imágenes ó figuras, sean éstas esculpidas en granito ó trazadas sobre lienzos. Cuanto late recóndito y escondido en el corazón humano, lo expresa el arte en una ú otra forma, porque el sentimiento del artista es el sentimiento, más ó menos condensado, de la humanidad. Y no podía ser de otra manera; pues si las capas del globo terráqueo revelan al geólogo los secretos de la naturaleza y las distintas edades del planeta que habitamos, con más razón el arte, que es tan antiguo como la humanidad, ha de expresar sus afectos y sus pasiones.

Mas si el arte, bajo este punto de vista, tiene su carácter definido, no por eso deja de aparecer á los ojos de ciertas gentes con algo de enigmático, con algo de simbólico, porque se aturden ó deslumbran con la grandeza ó el color.

El vulgo padece una gran miopía cuando juzga las cosas desde lejos.

En cambio la literatura, inmiscuyéndose en nuestro modo de pensar, influye más directa y vigorosamente que el arte en la sociedad.

Su acción no es efectista y del momento, como ocurre con la pintura y sus hermanas la arquitectura y la escultura; pero se enlaza mejor á nuestras ideas, se adhiere más á nuestros nervios, se filtra pronto en nuestra sangre, se sube más deprisa al cerebro y domina al corazón.

El arte apasiona por un momento, el libro por una eternidad.

Con el libro se piensa, se siente, se ama, se aborrece, se odia, se va hasta el heroísmo ó se llega al crimen.

Las ideas de un libro son como las cuerdas de un arpa, que suenan dentro de uno mismo. Sus ecos despiertan todos los sentidos, conmueven todas las fibras, excitan todas las pasiones, provocan todas las dudas y exaltan todos los fanatismos.

Allí está la mujer soñada en la adolescencia, que arrebató el corazón; allí el hipócrita, para quien se desean todos los tormentos imaginables; el seductor infame, que quisiéramos decapitar por nuestra mano; la madre cariñosa, que nos arranca lágrimas de ternura; la esposa amada, que veneramos; la traición, que ni en sueños habíamos entrevisto; todo el bien y todo el mal que sobrenada unas veces y se esconde otras en el fondo de esa sociedad que, sin tener riberas ni abismos arriba ni abajo, como el mar, se hace impenetrable y misterioso para las criaturas, y entre sus turbulentas olas naufraga muchas veces la virtud, pelagra la inocencia y se cometen crímenes odiosos que espantan.

¿Cómo, pues, ha de juzgarse el modernismo respecto del arte y de la literatura?

Para el arte en general, es un precepto severo, descontentadizo y hasta gruñón.

Para la literatura, un gramático que mira con malos ojos las exageraciones retóricas.

Hoy la palabra, como el cincel ó el escoplo, en vez de tallar, han de esculpir. Sus imágenes han de ser imágenes de verdad.

Á eso tiende el modernismo, á un perfeccionamiento general, sin dejar él mismo de perfeccionarse.

Su decisión y su influencia en este punto son evidentes, porque se imponen. No se contenta con el señalamiento de nuevos derroteros para el arte y la literatura; ha llevado su acción al teatro, donde mayor relieve toman las pasiones, donde palpitan vivos los afectos del corazón, los delirios del alma, empezando por despojar á las musas de sus alas para obligarlas á vivir á nuestro lado, en el seno del hogar, dentro del taller del obrero, sobre los campos de batallas fratricidas, al lado de la cama del enfermo, en el tugurio de las buhardillas, en la sala del hospital, y, rozándose con todo eso, en vez de tender sus alas hacia los espacios inconmensurables, con demencia sublime, abatir su vuelo y llorar con la humanidad.

El Modernismo no es escuela, pero educa. No es dogma, pero hay que creer en su eficacia, en su doctrina y su bondad.

Pintad el modernismo como una cariatide, y os juzgarán locos. Representadlo como un genio ó una deidad, y os celebrarán sin escúpulo.

Esta opinión favorable hacia el modernismo proviene, á nuestro juicio, de que hay en el modernismo, que en el modernismo se encuentra una gran dosis de cultura intelectual, de un ingenio superior que se sobrepone y se eleva sobre la vulgaridad de las gentes, sin que éstas se den cuenta de esta superioridad, pero sienten su influencia y se someten á ella sin protesta.

Diráse que el modernismo resulta, después de todo, realista. No hay que dudarle un momento. Si no lo fuera, transigiría con el pasado tal y como lo encuentra, por defectuoso que fuera; pero como es realista, aspira á efectuar una invasión general dentro de las sociedades modernas, apoyándose en el realismo, que es la esencia de la verdad. Por eso no debe extrañarse que algunas veces el modernismo se confunda con el realismo, y cogidos de las manos empujen con el pie todos esos armatostes que exornaban el arte antiguo, ángeles con caras de niños florentinos, monjes abotagados por la gula, unos envueltos entre llamas de carmín y otros en nimbos de oro puro.

Pero tales accesorios ridículos no podían prevalecer, y el renacimiento, que fué la gestación del modernismo, le hizo tomar nuevos rumbos como un presentimiento de este escrupuloso análisis que ahora predomina en la sociedad hacia toda clase de obras.

Cuando el arte deja de ceñirse á la verdad absoluta, como se ciñe la luz en la placa del fotógrafo, el modernismo se ríe y se burla, porque es inteligente é intencionado, con esa risa histórica de la incredulidad, que es una sentencia de muerte ante la opinión. Risa que trasciende y repercute por todas partes estereotipada, divulgada por la prensa pitonisa moderna, de indiscreción casi evangélica, porque gracias á ella se conocen las aspiraciones de los pueblos, los abusos de los poderosos, el dolor de los magnates, los sufrimientos de la humanidad y podemos execrar ese salvajismo de la civilización que se llama razón de Estado.

Excusamos decir que todas esas cosas sienten en el rostro el fustigazo de esa providencial sacerdotisa que vela día y noche por que el fuego sagrado de la razón y la justicia no se apague jamás sobre la tierra ni en el templo de la fraternidad universal.

La prensa ha venido á ser el heraldo del modernismo y su más valioso sostén, porque informa, ilustra, fortalece la opinión, arraiga las convicciones, purifica las creencias, ensalza al genio, derriba los ídolos que son de barro, difunde la cultura, vulgariza las ciencias, aficiona al estudio, corrige los vicios, moraliza las costumbres y hace la luz donde imperaban las tinieblas.

Por eso ahora, en los tiempos que alcanzamos, el arte, de cualquier clase que sea, ó progresa bien ó no

progresa; y respecto al libro, enseña lo que debe ó no hay quien lo lea.

Ese es el triunfo del modernismo: anular lo malo, deshacerse de lo inútil, perfeccionar lo existente, corregir lo pasado, señalando al mañana el camino del porvenir.

PASCUAL RUIZ ENRÍQUEZ.

PERDER LA VIDA Y LA HONRA

(LEYENDA GRANADINA)

(Continuación.)

XI

El noble Alfonso Safardo es el capitán frontero á quien los Reyes Católicos de Lorca dan el gobierno.

Apenas tuvo noticia de llegar los agarenos, mandó tocar á rebato y armas repartió en el pueblo.

Á don Diego de Ribera ¹, que en Murcia tiene su asiento, hijo de don Perafán, de los valientes espejo,

Le pide pronto socorro, y al Comendador Aledo, para que las cruces rojas digan: *Santiago y á ellos.*

Va Pedro de Gabarrón y sus doce hijos pequeños. Cuando los cachorros muerden, ¿qué harán los leones fieros?

El estandarte de Cristo Manrique lo lanza al viento; antes perderá la vida que deje de estar enhiesto.

¡Oh religión Sacrosanta! Reunidos ya los refuerzos, á la *Virgen de las Huertas* piden auxilio primero.

Y, milagro sin segundo, un fraile de gracia lleno, afirma que la victoria tendrán de su fe por premio ².

Dan el grito los cristianos; peones y caballeros, rompen el campo enemigo y en sangre tiñen el suelo.

No valen los coseletes ni las lorigas, ni petos, que los traspasan la fuerza con que vibran los aceros.

La *Rambla de la Viznaga* parece lago sediento, y los montes comarcanos horroroso cementerio.

La flor de los granadinos, los jefes de más esfuerzo Abul-Cacim, los Alcaldes de tantas villas y pueblos, son cadáveres que sirven para pasto de los cuervos, que graznan sobre el festín, á que acuden de bien lejos.

Sólo el Malique combate siempre altivo, siempre terco, hasta que Alfonso Safardo acepta el temible reto.

Su lanza por un costado traspasa al moro soberbio, y con la enseña de Lorca se lo llevan prisionero.

También sucumbió Abenámbar, pues viles alpujarreños,

¹ Histórico.
² Histórico.

por conservar su botín,
lo matan, después huyendo.

Por más que lucha Abdilvar
no logra morir con ellos,
y loco, desalentado
se une á los escasos restos
de la formidable hueste
que á su mando le pusieron.

Cuando quiso hablar al Rey,
éste le dijo altanero:

—Morirás como cobarde,
con un dogal en el cuello;
que á Granada no se vuelve
sino vencedor ó muerto.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

(Continuará.)

REVISTA PARLAMENTARIA

Me rejuvenezco.

Las últimas sesiones me han recordado tiempos en que la política, cuando menos, se informaba en la pasión, y la pasión ya es algo, mucho más que este modernismo, que consiste, porque se han suavizado las costumbres, según dicen los técnicos, en que la oposición y el gobierno sean un juego de compadres.

Al oír á Maura, á Canalejas, á Sagasta á Moret, á Soriano, á Nocedal, á Silvela y á la mayoría de los oradores que han tomado parte en el debate; al considerar que hablaban con pasión, con fe y *destemplados*, he llegado á creer si podrá llegar un día en que la farsa se destierre de nuestro Parlamento, con lo cual nuestro régimen, no siendo perfecto, podría llegar á ser algo más que la burda comedia que vemos representar á diario.

Aquellos tiempos en que Ríos Rosas se paseaba por los bancos cuando hacía discursos y llamaba miserable á la fuerza pública; en que González Brabo hacía diez y siete oraciones pasionales sobre un mismo tema, cuando Calvo Asensio perdía su libertad y su fortuna por un ideal; Nocedal (D. Cándido) tenía el valor de decir que siempre había amado la impopularidad; las sesiones en que más tarde discutían Manterola y Castelar; los tiempos en que los moderados no saludan á los progresistas ni éstos á aquéllos; las discusiones en que Martos contendía con Calderón Collantes y en que D. Nicolás Rivero presidía el Congreso; todo esto, ó es que me cogió más joven y la maza me pesaba menos, ó es que entrañaba dentro de sí algo más grande que lo que generalmente suele hacerse ahora en nuestro Parlamento.

Así y todo, el último debate ha revestido una importancia á que no veníamos acostumbrados, y puede que *embravezcan*—pasen ustedes la frase—algo las creencias y la voluntad de nuestros partidos.

Mientras la política moderna se desarrolle en Chantilly y huevos moles, entiendo yo—como dicen todos los oradores cursis—que vamos camino de un marasmo precursor de la muerte.

Todo ha de tener su nota cómica: el Ministro de la Guerra, el Capitán general, el Jefe del fuerte ó el Nuncio, que puede ser que sea ahora el que resulte que dió el pase á los periodistas para entrar en el fuerte de San Cristóbal, es un modelo de precaución y de redactor.

Tratándose de entrar en un fuerte, extender un permiso diciendo: "Permítase la entrada á D. Fulano de Tal y *personas que le acompañen*", es un colmo. Con arreglo al permiso podrían haber entrado con el señor García Plaza diez mil hombres.

El que extendió el pase creyó que era, sin duda, para visitar la Casa de Campo.

UN MACERO DEL CONGRESO.



TARJETAS POSTALES

A ROSA N...

De tu carta preciosa
el perfume aspiré, que me extasía;
¿qué mucho, si eres Rosa,
y yo sueño con rosas todavía?

A UNA DESCONOCIDA

Un nombre es una cifra en el vacío:
¿Tú coleccionas nombres? Ahí va el mío.

MANUEL DEL PALACIO.

EL REY Y LAS BELLAS ARTES

III

Los tratadistas de Bellas Artes, y con preferencia los que llevan senda filosófica é histórica, reconocen solas cinco Artes bellas fundamentales ó soberanas, á donde las restantes acuden en busca de porciones de belleza para, en debida forma, decorarse con sus migajas y relieves. Son aquéllas la Arquitectura, Escultura, Pintura, Música y Literatura.

Entendiéndoselas con la última, que yo sepa, á lo menos, no han tomado las lenguas en sí mismas, aparte de toda aplicación á las obras que, escritas y llegadas hasta nosotros, son de todos los tiempos y de todos los pueblos.

Me explico esta omisión, que me atrevo y adelanto á clasificar de lamentable por muchas causas, y principalmente por las siguientes:

Es la primera el no haberse ahondado en la naturaleza de los medios expresantes de belleza.

En todas y en cada una de las lenguas los signos son signos vivos, directos, entrañables, anímicos y permanentes, y siempre claros á todo el que se ha familiarizado con el modo usual y corriente de hablar de cada uno de los pueblos.

En las cinco Artes mayores—no excluyo la Literatura respecto á la manera de ser considerada hasta el día en cuanto Arte Bella—las formas son muertas, indiferentes de suyo á una obra ó á otra. De la analogía del régimen y de la construcción se viste el alma de cada raza para que, vistosa y engalanada y bella, en su grado, se la conozca. La personalidad popular es aquí el artista, y nunca un solo individuo, ni en un punto de tiempo, artista que casi con milagroso artificio traba y entreteje vocablos y vocablos, signos orgánicos orales, artizándolos frecuentemente con brosladuras de plata y oro de otros lenguajes que fueron.

El artista pueblo con las analógicas afinidades y cohesiones en cada signo sonante completo, con dependencia y sumisión regimentales y con las fuerzas centrífugas y centrípetas de cláusulas y períodos, se construye para sí un orden estelar cuyos astros de luz propia son como derivaciones de la luz del alma; y bien se puede decir que el alma es la forma de los lenguajes y los lenguajes la imagen viva del alma.

En las otras Artes, lo que es dicho por los teóricos de lo Bello *medio de expresión, expresivo ó expresante*, no tiene cuyo propio y fijo en la idea, pasión ó sentimiento á expresar. Los materiales se componen de múltiples y variados elementos de suyo indiferentísimos á todo, tanto atendiendo á su naturaleza, como á la disposición de ellos en edificios, esculturas, pinturas é instrumentos, y en versos, estrofas, discursos, poemas, odas, dramas, etc., etc. No acontece lo mismo en el lenguaje netamente considerado. Cada vocablo encierra una idea y cada forma de régimen una relación: idea y relación siempre las mismas para el mismo vocablo, para el mismo régimen en sus respectivas lenguas.

Las lenguas no se contienen en el recinto de los medios de expresión: álzanse mucho más. Son partes integrantes de la expresión viva de la naturaleza humana; y así como la belleza física del mundo inconsciente nos pone delante de los ojos la hermosura de la creación visible, al igual, pero con ciencia más honda, las lenguas nos sacan á pleno campo, con sus elementos, disposiciones y edificios, las centellas todas de los espíritus nacionales, siempre que chocan entre sí las ideas, las intenciones y los deseos por manifestarse en el discurso de la vida.

Y que cada lengua llega á ser obra de arte, poco da que discurrir para que se conozca. Hay unidad, variedad y armonía en sus dos elementos inseparables, idea y forma oral; que nunca andan pobres de relativa claridad. La forma general de cada lenguaje, ó su organismo, está realizada y entretrejida de energías admirables del espíritu.

La estructura del discurso, la traza de la novela, el plan del drama, la elevación de la epopeya, se reducen á modos de estar indiferentes, no necesarios de todo punto á la belleza artística. No se han agotado ya en el mundo los patrones literarios, ó lancémonos decididamente á negar el *incoercible* progreso, y con preferencia el del rumboso modernismo. Vamos en busca de otra nota por quien son declarados independientes, cada una en su orden, las Bellas Artes Mayores: la nota de *Independencia*. Y en cortas y pocas palabras dejemos expresado nuestro pensamiento, posando la atención en algunas lenguas. ¿Me negará alguno que, á la lengua sanskrita, portento de portentos por su belleza analítica, se la pueda tomar por una grandiosidad de hermosura? ¿La lengua griega, del mismo corte y talle que la Inda, no deja brotar por todo su ser los resplandores de una hermosura embriagadora? ¿En su grado, la lengua latina, no nos brinda con los mismos destellos de pulcritud? Búsquense todas las sangrías hechas á las lenguas de linaje ario, sin arrumbar las que, espléndidas y dulces, se nos dejan oír en las cuencas de los ríos italianos y por entre los valles y breñas de la península Ibérica. ¿En dónde estaría la hermosura de las formas literarias? ¿En dónde lo gracioso de las disposiciones métricas de la poesía no suelta, sin la belleza substancial de las respectivas lenguas?

La belleza expansiva de las lenguas analíticas no riñe peleas con la belleza reconcentrada de las lenguas sintéticas, á manera que la región de las abstracciones no cae apelmazada á desbaratar las realidades.

Nuestra península Ibérica es un dije precioso que ha puesto Dios en el mundo á la codicia de los hombres. Pedazo del pabellón del empíreo el cielo que la envuelve y que de esplendoroso sudario la sirve en los encuentros y eslabonamientos de sus catástrofes; prolongación de la alfombra del salón del trono divino la superficie de nuestra patria; horno de la creación de inagotables y riquísimos tesoros las intimidades entrañables de los montes cuyas horadas dejan puerta franca á las llamas del espíritu alimentado dentro y productor de tanta riqueza en capas y oquedades.

Nuestra península, madre de las flores vistosas, odoríferas y mellarias; nodriza de las frutas sabrosas y dulces; la de espléndida cabellera arbórea; bañada de ríos fecundantes, los que al recoger de día la luz del sol y de noche la de la luna y las estrellas, con la primera ablandan las tinieblas y con la segunda atemperan las frialdades abismales.

Nuestra península, que tiene por corona el mar, aire muy sano y granada riqueza de pájaros y animalías ha sido, desde los comienzos históricos, codiciada de muchas razas que sucesivamente levantaron en ella sus tiendas, allegaron sus familias, aparejaron sus casas, movieron sus industrias y trasplantaron é injertaron sus artes.

No tengo de traer á cuento, ni á capítulo, ni á asamblea todos nuestros antecesores de cuyas manos caídas yacen en el suelo de nuestra patria doradas gavillas de hinchados granos, todas atadas después de la siega por el tiempo, trajinadas en los ondulados y espesos trigales de las Bellas Artes. Labor tan formidable aplastaría los hombros de un hombre solo, ó sería dar en la locura de pulverizar, arañando, los montes del universo.

Eso que los puntos á ventilar, ya antes sobredichos en el núm. 54, son de muy apretado asunto, con carne maciza y recia mondadura.

Mirada la benevolencia del lector con el buen deseo de quien á materias tan altas, cuanto bellas, audazmente se levanta, tal vez esta mezcla de ambas voluntades en concordancia haga las veces de escudero de espuela para que otros escritores de mayor pujanza intelectual y que disponen de los elementos con que la Nación cuenta, se llamen á aviso y despierten, los cuales, ciñéndose al trabajo, nos pongan á la vista y de cuerpo entero la majestuosa persona del Arte español.

Yo corro en ello un manifiesto peligro; pero en todos los órdenes de la vida han de darse descalabrados y hasta mártires: no parece sino que la sangre foguea las inteligencias y presta energía y destreza á las manos, y volcaniza los corazones.

Las hecatombes troyanas son el riego de los poemas homéricos. Las puisas de los persas se convirtieron en centellas geniales griegas para la reconstrucción de la Acrópolis ateniense, algarada aún no contenida, pero mucho menos de tapada boca. La sangre de los mártires de Jesucristo amasó, no tan sólo la única religión más santa, más pura, la que en su origen es divina y en sus manifestaciones sagrada é inmortal; pero con más es la siempre fresca, siempre vigorosa savia de nuestro arte cristiano.

Tantas hermosuras, tantos esplendores, esa cosa inexplicable, ese algo misterioso que trepa por muros, cuadros y relieves y se abraza con columnas, pilares y estatuas empapándose en sus materias, y que sin ser espíritu es imponderable, y que se desprende del aliento del valiente artista, del artista de pujanza que nunca se quiebra ni rompe, requiere un lenguaje que sirva de apropiada convicción á las ideas y á las formas, y para que, al declararle y describirle, el habla corresponda á lo hablado de parte de todo escritor discreto y bien entendido.

Y dicho esto, llevo á traer á efecto la exposición de las proposiciones preanunciadas.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

A JUANA

¿Cuándo cesan tus ardidés
y, tú, de ponerte moños?
Engañas á los bisoños,
no al que es viejo en ciertas lides.
Bien será, que nunca olvides
la siguiente observación:
no sé quién, ni en qué ocasión,
ha dicho, tiranía mía,
*la hermosura es tiranía
de muy corta duración.*

Que recuerdo, me parece....
¡Sócrates, si tú ¿no sabes
quién fué? Para que lo alabes,
porque alabanza merece,
te diré, que permanece
sin rivales, hasta el día,
la virtud que era su guía.
De nacer después de Cristo,
mejor que á muchos se ha visto,
sobre un altar se vería.

Excluyo al caudillo fuerte
que Roma canonizó:
al que al infierno abatió
con su tropa, de tal suerte,
que, según lo que se advierte,
la taumatúrgica grey
le impuso al diablo la ley,
y el cuello altivo aún le pisa,

siendo su santa divisa;
ad majorem gloriam Dei.

Por eso, todo es deleite,
(el carnal aquí no entra);
por eso, España se encuentra
como una balsa de aceite;
por eso, que nos afeite
otro yankee no temamos.
¿De vicio, á qué nos quejamos
con quejidos tan profundos,
si es el mejor de los mundos,
este mundo en que habitamos?

Mística tropa, te adoro
con fervorosa dulía.
Sin ti, España vertería
abundantísimo lloro.
Por ti, en ella rueda el oro....
Prosigue, si puedes tanto,
cubriéndola con tu manto,
que, al ver tus piadosos fines
ángeles y Serafines,
dirán: ¡Santo! ¡santo! ¡santo!

JOSÉ M. NOGUÉS.

LA DECENA INTELECTUAL

Nunca como en la época presente se ha rendido culto tan fervoroso al progreso intelectual; España, aunque demasiado tarde, hace suyo este axioma, de uso corriente en todo el planeta civilizado, y procura con loable empeño recobrar el terreno perdido en largos años de quietismo y somnolencia. En todas nuestras clases sociales se despierta, no sólo el deseo de aprender, sino el más meritorio aún de enseñar lo aprendido; y este creciente movimiento, que es de esperar se sobreponga á la impresionabilidad de nuestro carácter, tiene por una de sus causas primordiales, además del incremento del periodismo, excelente medio de cultura, el sentimiento de la colectividad, que comienza á dar pruebas de su importancia, originando la creación de asociaciones para la defensa de los intereses materiales, que si ha de ser próspera tiene que asentarse en bases lógicas y científicas.

Así se ve que la ciencia y el arte, aunque de modo sumario, porque en su integral pureza no son democratizables, tienden á salir del seno de academias y ateneos, ocupando puesto principal en círculos y sociedades, que con diversos fines políticos y de propaganda—tales son, entre otros muchos que en Madrid existen, "La Unión Democrática" y "La Fraternidad Republicana"—prestan utilísimos servicios á la cultura, convidando á ocupar su cátedra á personalidades eminentes, sirviendo para la presentación de elementos jóvenes y acudiendo á la forma de controversia, de tan eficaces resultados.

Ya va perdiendo gran parte de su cruel é irónico sabor el dicho de aquel personaje de una comedia de Rusiñol que llamaba el desierto á una biblioteca de casino; el deseo de estudiar no está limitado á un escaso número de personas; todas las que tienen noción clara de lo que representa en la vida una mayor suma de conocimientos, procuran aumentarlos; y por esto el militar, el jurisconsulto, el escritor, el artista, para no citar más, acuden presurosos á los cursos y conferencias que en sus respectivos centros celebran, para evitarse con esta condensada forma de instrucción no pocos gastos pecuniarios en costosos libros y una gran pérdida de tiempo, tan necesario en nuestro siglo de febril actividad. La misma juventud, de ordinario irreflexiva y bulliciosa, parece convencida de tan repetidas verdades, y buena prueba de esto son las frecuentes veladas que en la "Unión Escolar" se verifican.

GENTE VIEJA, siempre celosa de dar cabida en sus páginas á cuanto con la cultura se relaciona, aspira á recopilar en esta sección, siquiera sea del modo breve

que la índole de los trabajos periodísticos exige, todos los esfuerzos que se realizan en pro de tan elevado ideal, ahora perdidos en las repletas columnas de los grandes diarios de información. Para ella serán igualmente dignas de respeto todas las opiniones, todas las tendencias inspiradas en la sinceridad y no en el *Cabotinismo*—valga la palabreja—que en los tiempos que corren interviene con demasiada frecuencia en las empresas más encomiables.

La nota principal de la decena ha sido el banquete dado en honor del insigne poeta Marcos Zapata, del que nos ocupamos en otro lugar con la extensión debida.

La sección de Música del Ateneo de Madrid, presidida por D. Félix Arteta, prepara interesantes trabajos y organiza una serie de conferencias, á cargo de los señores Chapí, Serrano, Bretón, Vives, Manrique de Lara, López Chávarri, Rada, Ferrer, Borrell, Arin, Albéniz, Esperanza, y Solá y Vila, sobre diversos temas técnico-críticos. En la misma Corporación dió principio á su clase de piano la notable profesora Sra. Lloret de Ballenilla.

La Academia de Bellas Artes celebró su sesión ordinaria bajo la presidencia del Sr. D. Elías Martín, y se trató de varios informes para la adquisición de cuadros y grabados para el Estado, y de otros asuntos de escaso interés.

Anuncia la Academia de Medicina que están vacantes dos plazas de académicos de número en las secciones de Filosofía y Literatura médica y en la de Cirugía, por defunción de los Sres. Marqués de Guadalerzas y D. Federico Rubio. Y ya que de medicina tratamos, no hemos de pasar en silencio la sabia conferencia que en la Escuela práctica de especialidades médicas pronunció el Dr. Semprún sobre el tema "Cirugía de la médula espinal".

La Asociación Nacional de Amigos de la Enseñanza y el Centro Gallego, fundidos, han inaugurado sus clases con un acto solemne, presidido por el Sr. Vincenti, que lo cerró con un muy notable discurso; le precedieron en el uso de la palabra los Sres. Reinante, Secretario general, que leyó una excelente Memoria; D. Alfonso Ruiz, y el Consejero de Instrucción pública señor Zavala, oyendo todos muchos y merecidos aplausos.

Continuó en la "La Unión Democrática" la controversia sobre el tema presentado por el popular orador Sr. Barriovero, "la huelga general". El Catedrático de la Universidad de Barcelona, Sr. Odón de Buen, pronunció en el Círculo "Fraternidad Republicana" un magistral discurso, que versó sobre "el origen del hombre"; declaróse convencido materialista, desarrolló las teorías creacionista y evolucionista, deteniéndose particularmente en la exposición de los últimos descubrimientos biológicos, demostración de las teorías de Darwin y de su sucesor Lamarck.

Reunidos los señores que forman la sección de Pintura del Círculo de Bellas Artes, acordaron adjudicar la matrícula de honor en las clases de desnudo y acuarela á las Srtas. Bermejo y Camarón, y á los Sres. Carrascosa, Castán, Arriero, Labrada, Jiménez Espinosa, Robles y Prieto. Sin salir del terreno de las Bellas Artes, tenemos que elogiar la feliz iniciativa de los señores D. Mariano Vivar y D. Esteban Anglada, Presidente y Director respectivamente de la Sociedad coral "Orfeón de Madrid", que crean una Academia de canto y solfeo para la ejecución de obras religiosas y profanas.

En una de nuestras próximas decenas nos ocuparemos extensamente de la Academia de Jurisprudencia, donde brillan muchos jóvenes abogados ganosos de conquistar legítimo nombre y de continuar las gloriosas tradiciones del Foro español, que hoy cuenta con tan inclitos mantenedores como Maura, Muñoz Rivero, Silvela y otros.

También hemos de dedicar la preferente atención que merecen entidades tan importantes como "La Unión Mercantil" y el "Círculo Industrial", que tanto contribuyen al desarrollo intelectual y material del país.

CAGLIOSTRO.



BIBLIOGRAFIA

Redmida.—Estudio social contemporáneo, original de Don Vicente Sanchis (Miss-Teriosa). — Un tomo en 8.º; portada de Joaquín Sorolla.

Decía Víctor Hugo que los franceses no tenían la cabeza épica; parodiando su frase, nos atrevemos a afirmar que los españoles no tienen la cabeza novelista. Hicimos la primer novela del mundo, *El Quijote*, mas, de entonces acá, hemos marchado a la zaga del extranjero: nuestra cabeza es dramática; sabemos sentir mejor que narrar; y si la narración ha de tener un sentido profundo, si ha de encerrar algo que analice el corazón, las costumbres, el estado social, la filosofía ó el dogma, entonces nuestra inferioridad se hace más palpable todavía. No es preciso citar obras; no es necesario recordar nombres: todo el que haya hecho un estudio de nuestros novelistas del pasado siglo; todo el que lo haya hecho también de los novelistas extranjeros, por mucho que el amor patrio le ciegue, tendrá que confesar nuestra inferioridad en ese género de literatura.

Aquí hemos creído que con narrar mucho y narrar bien se tienen todas las condiciones de novelista: si así fuera, Alejandro Dumas sería superior a Víctor Hugo, Pouson eclipsaría a Zola: mientras los pueblos viven de la imaginación, la novela, palpitante de interés, les seduce: no se trata de pensar, sino de emocionarse; el libro es un recreo, no un estudio; el fuego de artificio encanta con sus bengalas de colores y no se aspira a que sus estampidos sean los de formidable batalla.

Mas ya es llegado el tiempo de que la batalla se analice: tras del castillo de pólvora que se transforma en espléndido ramillete una vez disipado el humo, queda el vacío: tras de las baterías que vomitaron la muerte, queda un campo cubierto de cadáveres: ese es el campo que hay que recorrer ahora: la lucha social es una batalla permanente: hay una fuerza que avanza y otra que retrocede vencida: entre ésta y la vencedora, el herido gime, el que va a morir se retuerce pronunciando palabras ininteligibles que quizá son una plegaria, quizá una blasfemia: la lucha se prolonga sin embargo.... Es tal vez eterna.... ¿En qué consiste? ¿Por qué, combate? ¿Quién lleva la razón, quién tiene la fuerza? ¿Estas son las preguntas que se debe hacer el novelista moderno!

Pero al novelista moderno no le bastaría tampoco con preguntarlo: tiene que responder....., y esa es la enorme dificultad de todos los ingenios medianos.....; contar la batalla es relativamente fácil....., una escaramuza de la artillería....., un despliegue, un avance imprevisto, una carga que determina la derrota: peripecias aisladas acaso, un acto de heroísmo, otro de abnegación. ¿Qué hombre de talento no lo describe? Pero ¿y lo que sentían cada uno de los soldados?

Encontrar un autor que sepa hacer todo eso, es encontrar un verdadero novelista; ¿dónde está? ¡En el que ha escrito las admirables páginas de la novela con cuyo título encabezamos estas líneas! Estudio social lo llama, y así es en efecto; su trama no puede ser más sencilla: una mujer calumniada por la sociedad que la rodea; una mujer que se entrega en uno de esos instantes psicológicos que traen aparejada la irresponsabilidad del acto que se comete; una mujer que se redime, no en la vulgar austeridad del claustro de piedra, sino sintiendo en el claustro materno el primer movimiento de vida del ser que engendró en ella un esposo honrado y digno; y tan vulgar acción basta para que el profundísimo talento del autor haga pensar y sentir de un modo excepcional y saturado de grandeza y de filosofía.

El Sr. Sanchis es un filósofo, un poeta, un matemático, un hombre de sociedad que conoce el mundo en que vive y el corazón de las gentes que le rodean; describe con todos los conocimientos que hoy son precisos para que el novelista no aparezca como un contador de cuentos: conocedor de todas las grandes literaturas, sus recuerdos le llevan, quizá con exceso, a citar rasgos de ellas que contribuyen a esclarecer el análisis que prac-

tica; en ellas ha aprendido a formular esas hermosas frases que han hecho inmortales a todos los grandes autores.

“Las hazañas heroicas—dice—del mismo modo que las amorosas empresas y las ideales creaciones, se confunden y se compenetran. La Biblia y la *Iliada* tienen puntos de contacto y semejanzas indiscutibles. Lucifer es arrojado del cielo como Vulcano del Olimpo; Dalila retiene a Sansón, como a Ulises Calipso. Marte y Diomedes luchan lo mismo que Jacob con el ángel. La silueta de Prometeo encadenado reaparece cuando se contempla la figura de Cristo crucificado en el Calvario.”

Sería tarea interminable citar las innumerables bellezas de este género que el libro encierra. Nosotros, que acostumbramos a señalarlas en todos los que leemos, casi nos hemos visto en la precisión de acortar todas las páginas.... Quizá alguna vez, en los diálogos sobre todo, peca de exuberante la dicción y de exaltada la fantasía; pero cuando el interlocutor es, por ejemplo, un ilustrado marino, ¿qué mucho que diga con elocuencia aterradora lo siguiente?

“Y luego, allá, en las regiones del extremo Oriente, en aquel país que los poetas de la antigua Shiura llaman de “la calma matutina”; en uno de aquellos enigmáticos crepúsculos impregnados de languidez y en los que la atmósfera parece que lleva en suspensión átomos cargados de un relente conductor del fluido de la ternura; en uno de esos preludios de la noche que evocan en el organismo el estremecimiento precursor del espasmo supremo; en una de esas noches que hacen pensar en las delicias infinitas de los amores orientales descritos en la leyenda, y que nos aparecen acompañados de ese cortejo que recuerda la maciza y abrumadora opulencia de Cleopatra y los jardines aéreos de Semíramis; en uno de esos instantes de recogimiento, de ilusión completa, de anhelo desesperado y de tendencia sublime a la innata realidad absoluta, despojé todo mi ser de su mundanal ropaje, y encontré, como dice Alfredo Musset, “mi corazón lleno de ti”.

Cuando se leen obras escritas de esta manera; cuando es tal su seducción que lo mismo al literato que al vulgo de los lectores se les obliga a pensar, a sentir, a analizar, a deleitarse con el escalpelo de la razón y los panoramas de la fantasía, el espíritu experimenta una complacencia indescriptible. ¡La misma que produce ver en pleno día al pájaro volador que se posa en tierra y pica en ella su alimento, tendiendo luego las alas para cruzar el infinito!

*
* *

Nos hemos extendido—porque el libro lo merece—tanto en la novela del Sr. Sanchis, que forzosamente hemos de dejar para nuestra próxima Bibliografía el del Conde de las Navas, *Los parrales de la provincia de Almería, Musolino, Cuentos y Fábulas, La tumba de hierro, Sensación y movimiento, La pantera y el boer, La música ilustrada, El inventario de un jovellanista, El compañero de viaje, El Catecismo de ciencia económica, Adversité Princiére* y otros libros que esperan turno, casi desde el pasado verano.

GARCI-FERNÁNDEZ.

LA MUJER DEL ARQUITECTO

LEYENDA TOLEDANA

Si la imperial ciudad es extenso museo para el arqueólogo, inmenso código para el historiador, abundante fuente de inspiración para el artista, es también copioso archivo para el poeta. Sus leyendas populares tienden a perpetuar hechos nobilísimos y caracteres relevantes. El Duque de Rivas ha traducido en hermoso romance la lealtad del Conde de Benavente. El insigne Zorrilla ha reproducido en inspirados versos las leyendas del Cristo de la Vega, de Margarita la Tornera y del Capitán Montoya. En mi modesta prosa voy a pre-

sentaros el encantador ejemplo de amor conyugal y de sublime discreción que enseña la leyenda de *la mujer del arquitecto*.

I

Hállase asentada la ciudad de Toledo sobre un áspero y extenso peñasco, ondulado en siete colinas como lo está Roma. Circunda Toledo por las tres cuartas partes de su perímetro el caudaloso Tajo, verdadero tajo profundo abierto entre enhiestas, escarpadas é inaccesibles rocas, salvado únicamente por dos puentes, el de Alcántara a Oriente y el de San Martín a Poniente.

Es este un magnífico modelo de arquitectura militar medioeval. Un fuerte castillo de planta hexagonal cons tituye la entrada por el lado del campo, y otro castillo de dos fuertes torreones es la puerta de salida a la ciudad. Consta el puente de cinco arcos, siendo el central ligeramente apuntado y de tan considerable abertura, que por él pasa de ordinario todo el caudal del río. Ensánchase el puente sobre tres de sus robustos tajamares formando tres plazuelas. Inmediato al tajamar del arco central en el lado del Sur, se ve en el más amplio sillar de piedra berroqueña una tosca y borrosa escultura, con algunas letras que el tiempo se ha encargado de hacer indescifrables. Representa la granítica escultura un busto de mujer, que la leyenda dice es la del arquitecto. Dar a conocer por qué está aquí este busto es objeto de la presente narración.

JACINTO RIBEYRO.

(Continuará.)

LA MIRADA

(Continuación.)

Todo esto era inexacto: si la escasez de adversarios hacía posible la disminución de guarniciones, no podíamos por ello reputarnos señores del territorio, pues que mucho imperio no iba más allá de donde alcanzaban muchos fusiles: los contados habitantes escapados a los estragos de la guerra y de la reconcentración, eran en su totalidad enemigos nuestros, y ni perdonaban oportunidad de hostilizarnos ni de entorpecer el ejercicio de la autoridad española.

De aquí surgía la necesidad ineludible de permanecer a la defensiva, de conservar las líneas y los apoyos estratégicos establecidos en períodos anteriores de mayor movimiento de fuerzas y actividad de operaciones, de preservar las villas y poblados, abandonados en gran parte y medio destruidos por el incendio de los golpes de mano del enemigo que en ellos tratara de penetrar.

Daba mi compañía guarnición a dos fuertes situados en la vertiente meridional de las lomas del Cuzco; el más importante le ocupábamos yo con el grueso de la fuerza y dos de los subalternos; en el otro, separado por muy pocos kilómetros, se hallaba destacado el otro teniente con veinticinco ó treinta hombres de tropa.

La misión que teníamos encomendada era muy sencilla: mantener la tranquilidad de la zona circundante de ambos fuertes y perseguir en cuanto nos fuera posible las partidas insurrectas que por allí aparecieran. Ninguna tenía, por de contado, la osadía de comprometerse atacándonos; la insurrección se contentaba con mantener a su devoción la totalidad de las poblaciones rurales y la inmensa mayoría de las urbanas, y no le era preciso para ello inquietar los mermados destacamentos que dentro de fortificaciones de madera se consumían en la inacción minados por el paludismo y entristecidos por el desaliento.

Una tarde combatía el fastidio tendido en la hamaca y hojeando los periódicos españoles llegados en el último correo. Consideraba con tristeza el estado ficticio de opinión creado respecto de la guerra y de sus consecuencias inmediatas; las arrogancias de los políticos fingiendo una fuerza de resistencia de que carecíamos, con el solo propósito de alucinar al pueblo; la mentira

consciente y sostenida de presentar á nuestro pobre ejército anémico, aniquilado por tres años de campaña, como invencible, cuando le habían agotado los esfuerzos continuados exigidos por nuestras prácticas de ver sólo en el soldado el animal de guerra á quien se impone el sacrificio del día, ridículo y estéril á las veces, sin curarse de que se agotan sus energías para el mañana.

Distraído en estas tristes reflexiones, apenas percibí el menudo gualdrapo de dos caballos que se aproximaban al fuerte. Rompía, sin embargo, suceso tan poco importante, con nuestras monótonas costumbres, y todos, oficiales y hombres de tropa, se pusieron en movimiento para averiguar de dónde y á qué venían los jinetes. Eran una pareja de guerrilleros, quienes desafiando las emboscadas insurrectas y con ocasión de pasar junto al fortín que guarnecía el resto de mi compañía, habían recogido un oficio del sargento. En él me participaba que en aquella mañana el teniente, su jefe inmediato, estaba atacado de fiebre amarilla, al parecer, y que la mayor parte de los soldados padecían paludismo, expresando su temor de que se tratara de una epidemia, y participándome tan desagradables noticias para las providencias que estimara oportunas adoptar.

MANUEL CONROTTE

(Continuará.)

Información especial de GENTE VIEJA.

(CUESTIÓN SOCIAL)

XIV

Medios que pueden adoptarse para suprimir las huelgas.

Expuesto el estado de la cuestión; enumeradas las causas que dan origen á las huelgas: hecho el análisis de los elementos necesarios á la producción, para determinar en justicia el repartimiento de los productos entre fabricantes y trabajadores; indicada la influencia de la Internacional sobre todos y cada uno de los elementos del trabajo humano, y, en lógica deducción, sobre las huelgas; bosquejada al correr de la pluma la historia del movimiento más fructuoso de cuantos se intentaron, á fin de establecer la paz en la armonía, podemos ya concluir, examinando á la luz de la razón las relaciones que los hechos tiene entre sí y con las eternas é inmutables leyes de nuestra naturaleza, y proceder en seguida á inquirir los medios que más convenga adoptar, si hemos de proseguir poco á poco hacia regiones más tranquilas, volviendo la espalda y alejándonos para siempre del campo de Agramante en que hoy vivimos y luchamos.

Y no decimos llanamente que ya podemos escogitar los medios para suprimir las huelgas, porque suprimirlas en absoluto equivaldría á terminar de una vez y para siempre la lucha eterna del pobre contra los ricos, cuando es claro y evidente que semejante lucha existirá mientras haya hombres en la tierra. Á las profundas modificaciones que ha sufrido desde los tiempos de exterminio y sangre, en que imperaba la fuerza, hasta los días que alcanzamos, podrán irse eslabonando nuevos é importantes cambios; podrán acentuarse más los caracteres de discusión y de derecho que ya comienza á tener; pero abrigar la esperanza de trocar en concordia y confianza y amor la inquietud de la ambición, la ceguera del egoísmo, la codicia del interés, sería una ilusión imperdonable. Lucha ha de haber, porque la lucha es la vida: hagamos que en esta lucha predomine la emulación sobre la envidia, la verdad sobre el error, la luz sobre las tinieblas, y habremos conseguido cuanto apetecer pudiéramos.

Si las huelgas son fruto de una multitud de causas que arrancan de un tronco fijo é inmutable, cuyas sutilísimas raíces anidan en nuestros cuerpos, se entretajan en nuestras almas, demencia fuera pretender llegar al

tronco para suprimirle ó alterarle. Superiores á nuestra voluntad y á nuestras fuerzas, no son las leyes del trabajo, de su necesidad y de su evolución las que debemos reformar, porque, como todas las leyes inescrutables cósmicas, pesan más que toda la humanidad, pueden más que todos los ejércitos, y ni el saber, ni la soberbia humana, en el ápice menor las tuercen.

Tampoco habremos de lisonjearnos con alterar profundamente esas otras crecidas y potentes ramas que, arrancando del mismo tronco, se han ido desarrollando lentamente en la historia, hasta ofrecernos hoy algunos amargos frutos, entre tantos otros nutritivos y hasta deliciosos. Son ramas que sostienen la vida actual, y esta vida es demasiado exuberante para que una pobre hormiga sueñe con destruir de golpe la obra de los siglos. Habremos de respetar también, por ser producto de sabia consumación, la libertad de todo hombre, su inviolabilidad como persona, las instituciones que garantizan hasta los errores de su inteligencia, los arrebatos de su corazón. Una larga peregrinación de dolor, de lágrimas de sangre, ha dado por resultado nuestra sociedad moderna con sus defectos y bondades, sus satisfacciones y sus sustos. ¿Quién será el menguado que, al sufrir una contrariedad, sueñe con arreglar á su antojo lo que tomó forma y textura en el molde diamantino del tiempo?

Respetemos, pues, las bases de la organización histórica, como debemos venerar las leyes naturales á cuyo impulso el mundo anda; y aceptando los hechos consumados á virtud y por la eficacia de fuerzas que no podemos resistir, veamos si dentro de los límites estrechos de nuestro libre albedrío hay medios para ayudar ó promover el progreso hacia lo justo y lo bueno, procurando cuidadosamente no detenerle, ni menos contrariarle.

En este cuerdo propósito nos encontramos hoy con que las sociedades civilizadas constituidas sobre la base de la propiedad tienen á la familia por molécula integral; que los esfuerzos musculares, los movimientos intelectuales y las atracciones sentimentales del hombre, alcanzando uno y otro triunfo sobre la materia y sobre sí mismo, apropiándose las multitudes gratuitas del Cosmos, y domando así los animales como las fuerzas de la naturaleza, han emancipado á todos—en nuestra vieja Europa al menos—de la degradación en la esclavitud, y á muchos de la servidumbre del trabajo físico; que por no haberse podido generalizar el disfrute de aquellos triunfos y conquistas hasta las últimas capas sociales, existen todavía numerosos grupos de trabajadores que envidian el bienestar de la opulencia y repugnan por alcanzarle; y en fin, que esta envidia y esta pugna se advierten y traducen hoy por esas manifestaciones de hostilidad llamadas huelgas, en las cuales el obrero procura hacer capitular al capitalista, esforzándose por sacarle un ojo—y perdónesenos lo trivial de la frase, en gracia de su exactitud—aun á trueque de sacarse dos.

¿A qué puede aspirar el proletario? ¿A qué debe aspirar en sano juicio? Desde luego es evidente que sólo puede aspirar á igualarse con el fabricante, ó capitalista productor, en la repartición de los frutos del trabajo. Si aspirase á más, si lograra apoderarse de la mayor y mejor parte, ¿qué se habría conseguido? Un cambio de nombres. El capitalista ó fabricante sería entonces el lesionado. Víctima de un despojo, reclamaría justamente, y el antagonismo—del cual la huelga es expresión—se reproduciría en otra forma, pero se reproduciría.

Es, pues, evidente que la meta á que deben dirigirse los esfuerzos de los proletarios es á percibir una parte de los productos del trabajo común igual á la que reclamen sus patronos, cuando las condiciones de los aportes se igualen. Si entonces no reina la paz y la concordia entre los hombres, menester será confesar que su índole es perversa.

¿Qué medios habrán de adoptarse sucesivamente á fin de que, partiendo del estado actual, se realice el ideal apetecido? Vamos á clasificarlos y examinarlos todos con la concisión debida, dando con ello fin á este descosido, pero importantísimo estudio de las huelgas.

Planteemos una vez más—si bien ahora con ayuda de los datos aducidos y las demostraciones hechas en el curso de este escrito—el problema en toda su sencillez. Dos coopeadores á la producción aportan cantidades

diversas de los distintos elementos que son fatalmente necesarios para obtener los productos. La naturaleza pone la materia en bruto, pero exige que para disponer de ella, para darla la forma y el valor, se pague de antemano una cantidad proporcional en moneda de trabajo. El pago en esta moneda corre exclusivamente á cargo de los hombres. Para hacer el problema perceptible, tolérense la metafórica hipótesis de que se haya de componer la moneda de una liga en variables proporciones de tres metales, á saber: de una cantidad variable de cobre, según el caso (esfuerzo material); de otra variable también de plata—esfuerzo intelectual;—de otra, más ó menos considerable, conforme sea la importancia ó la índole de la obra, de oro—esfuerzo sentimental.—¿Podrá nadie poner en duda que el único medio de que ambos productores participen por igual de los frutos de la producción, sea el de poner cada uno de ellos la mitad del cobre, la mitad de la plata y la mitad del oro necesario?

Pues esta es la condición ineludible, si quieren los operarios modernos partir ganancias con los fabricantes. ¿Cómo podrán conseguirlo? Veámoslo.

1.º Para igualarse en el aporte del trabajo acumulado—capital—, no hay otro medio que el de poner los obreros en junto tanto capital como su patrono, acumulando previa y pacientemente por medio de la privación y del ahorro. Sin esto, el capitalista—sea quien fuere—siempre cobrará para sí un interés que decrecerá con la abundancia de capitales, y una *prima de seguro* que disminuirá indefinidamente según se desarrollen y fortifiquen los principios de honradez y buena fe; prima de seguro que estará siempre en razón inversa de los grados de seguridad social y comercial, ó lo que es igual, de respeto y sumisión á las leyes.

2.º Para igualarse en el aporte del esfuerzo físico actual, no es necesario que el fabricante trabaje más de lo que hoy trabaja con su cuerpo, sino que el obrero trabaje menos, y esto providencialmente es posible, gracias á la admirable evolución del trabajo humano, en virtud de la cual el hombre puede hacer trabajar á los brutos y á las fuerzas cósmicas hasta el punto de realizar aquella paradoja, no comprendida, de Aristóteles: «Que el cincel y la lanzadera anduvieran solos.»

3.º Para igualarse en el aporte de los esfuerzos de la inteligencia, obvio es que deben pensar y saber tanto los unos como los otros; pero ¿qué es lo que deben saber? Esta es la gran cuestión. No pretendemos decir que el entendimiento humano no sea más potente y más robusto cuanto más vastos y variados hayan sido sus estudios; ¡lejos de nosotros semejante blasfemia!; pero los hombres pueden saber mucho é ignorar lo que más falta les haga. Por eso, además de la igualación en el saber técnico de la industria que los asociados benefician, nosotros sostenemos que es indispensable su perfecta igualación en la pura doctrina del trabajo, en Ponología, ó sea la ciencia de las leyes del trabajo humano, base de toda asociación, fuente de todo saber práctico. Esta no es hoy, pero será mañana, la ciencia cuyo estudio sea indispensable en absoluto para resolver el problema que tratamos.

4.º Para igualarse en el aporte de los movimientos sentimentales, no hay otro medio que el de fomentar en todos los corazones y á la luz de la verdad aquellas atracciones de la simpatía, aquel cariño del interés, aquel culto á la justicia, á la verdad, á la belleza, aquel sublime y desprendido concepto de la verdadera dicha, de la posible felicidad en este mundo, que deben enseñar las madres desde la cuna á sus hijuelos, compendiado en un sencillo catecismo, cuya base—en lo principal—habrá de ser el catecismo cristiano de hasta aquí, pero el catecismo, no impuesto por la autoridad, sino expurgado y puesto al unísono con el saber de cada época, con la creciente luz que se difunde por doquier.

Igualados los aportes todos, podrá cada cual exigir igual participación en los productos; mas ¿qué medios son los que conviene emplear para igualar los aportes? Vamos á enumerar uno á uno aquellos que por hoy saltan á la vista.

MELITON MARTÍN